

LA ÚLTIMA OBRA DEL ABUELO

“Yo no tenía ya mi indiferencia de los retornos de Rivebelle, me sentía crecido con aquella obra que llevaba en mi (como con algo precioso y frágil que hubieran confiado y que yo quisiera entregar intacto a las manos a que iba destinado y que no eran las mías)

**Marcel Proust “En busca del tiempo perdido”
Vol VI. “El tiempo recobrado”**

El día que enterramos al abuelo, las vecinas invadieron el salón reclamando la necesidad de rezar el rosario, con objeto de favorecer la desconsolada alma de Don Jacinto allá en los cielos. Pese a los delicados ruegos de mi padre y las leves insinuaciones de mi madre a las señoras para que se marcharan, la abuela decidió que no podía hacerse nada contra tan frenético enemigo y nos mandó colocar las sillas en círculo, lo cual, debido a la cantidad de enseres de la habitación, requería más habilidades espaciales de las que mi familia posee.

La señora Niceta y la tía Juana acercaron sus sillas la una a la otra y sacaron el rosario de plástico que el párroco les había regalado en recompensa a sus donaciones; la Agripina rezó un padrenuestro de calentamiento, “como los futbolistas” dijo, mientras la Carmen, se situaba en una posición privilegiada para dirigir a tan desconcertada orquesta. Mi tía se situó un poco alejada, con la mirada perdida en la cantidad de polvo que se había acumulado en los últimos días y que daba a los muebles una sensación de vejez más que de antigüedad. Mis padres permanecieron en el círculo, uno en frente del otro, para apoyarse en la ardua tarea de contener la risa. Mi hermano

me reclamó a su lado, acercando tanto su silla a la mía que apenas pude moverme. Con los labios apretados, la abuela se sentó al lado de la Carmen y comenzamos a rezar.

He de reconocer que me fascinó la manera en la que las vecinas repetían la oración aprendida, exactas como metrónomos, sus bocas se movían rápidas como conejos que comen hierba. Intenté superar la monotonía del ritmo que me adormecía y concentrarme en las palabras. Mi tía intentaba seguir el ritmo sin conocer la letra, aunque cuadraba perfectamente el “amén”, que enfatizaba de forma exagerada, pero la abuela, sorprendentemente, seguía la cadencia de avemarias y padrenuestros sin ningún esfuerzo. Nos miraba y sonreía, a la manera del alumno aventajado que se sabe la lección y mira por encima de hombro a sus condiscípulos. Aquel gesto religioso de la abuela, realizado en contra de sus propios principios, era seguramente un guiño sarcástico al marido fervorosamente ateo.

El invocar al Arcángel San Miguel, para que acarreará el alma de Don Jacinto hasta la paz eterna se me hizo extraño. Me es difícil pensar en un hombre más mundano y menos pacífico que el abuelo. Deseé que tal cosa nunca se llevara a cabo, no por la idea de que el paraíso albergue al abuelo, sino porque me lo imagino despotricando allí contra los seres celestiales y dando por zanjada con su ironía de siempre la cuestión del sexo de los ángeles: sólo los maricas llevan plumas.

Sentí un poco de vergüenza. Aquellas buenas mujeres que nos habían obligado amablemente a rezar el rosario para interceder ante el altísimo seguramente desearían no haberlo hecho cuando finalmente llegasen al cielo y se encontrasen con que el abuelo lo había convertido en una perpetua timba de mus, en un reflejo fidedigno del bar después de comer, a la hora del café y la copa; mucho más al darse cuenta de que a ellas no las habría considerado dignas de participar.

Eso era lo que verdaderamente amaba el abuelo, después de tantos años y tanta intelectualidad: el mus y el coñac barato servido en vaso sucio.

Él siempre había dicho que necesitaba la tranquilidad de sus orígenes, la vuelta al terruño rojizo con sus no menos rojizos atardeceres, la tarea atávica de encender el fuego para calentarse, la limpieza de sus gentes y sus palabras puras y antiguas, el aire conmovedoramente frío de sus inviernos, el desolado amanecer sin farolas, la terrible soledad de la tierra extendiéndose hacia el horizonte, el baile áspero de los trigos, las hermosas nubes nunca mancilladas y el silencio que penetra en las entrañas. Pero era mentira, lo que necesitaba el abuelo era el mus jugado a grito limpio, esto era lo único que no había conseguido encontrar en ningún otro lugar del mundo, y que valía más que los relumbrones de las luces de París, Roma y Londres todas juntas. Por supuesto, la decisión de retornar no había sido suya, pero en esto, como en otras cosas, el abuelo se la apropió, la firmó y la rubricó. Anunciada a bombo y platillo en la cena de Nochebuena, la idea pareció una broma a sus dos hijas. Según me contó mi madre, el abuelo alzó la copa y muy solemne, como si leyera uno de sus discursos, les habló de su particular hastío vital y de la intención irrevocable de volver a las cosas sencillas, y más concretamente a Calzada de Cercedilla donde, con su propio sudor, rehabilitaría la morada de sus ancestros. Creo que fue precisamente la imagen del abuelo reconstruyendo él mismo la casa del pueblo, lo que hizo a mi madre reír a carcajadas aquella noche. No recuerdo haber visto jamás al abuelo haciendo nada que implicara esfuerzo físico, ni mucho menos sudando. El trabajo estaba bien para el ciudadano de a pie, la hermosa manada, pero él tenía cosas más interesantes que aportar a la humanidad, más sutiles, más permanentes; como él mismo decía: "para cargar los conceptos que cambiarán el mundo se necesitan unas manos impecables". El deseo de mantener esas manos inmaculadas le llevó a huir del pueblecito hacía en ese momento casi cincuenta años. Hijo único de la esposa del jerifalte local, fue un niño enfermo por decisión de su madre y un fallido ingeniero de caminos por decisión de su padre, que aprovechó la buena prensa de una universidad lejana para correr tan rápido como pudo para hacerse escritor por decisión propia. Un destino, que a sus escasos compañeros de juegos en el pueblo les pareció entonces, y aún les parece ahora una locura porque, obviamente, hay que estar demente para dejar la carrera de ingeniero sin arrepentimiento alguno.

Jacintín parecía un niño aburrido en las fotos, especialmente en la que está sentado en las rodillas de su madre, con vestido blanco, bajo la poderosa figura de su padre, un hombre rubicundo y con bigote, que es difícil dejar de mirar. Las tres figuras estáticas sobre el fondo pintado dan a la escena cierta sensación de irrealidad. El niño, desde luego, no parece de este mundo.

Él siempre se definió como un infante triste en un palacio de otra época, decía que si algún día escribía sus memorias haría especial hincapié en aquella infancia privilegiada y taciturna, y en su refugio literario, donde nacieron todas las historias, todos los cuentos, todas las ideas, donde se parió a sí mismo renaciendo a través del útero de la fantasía. Confieso que de todas las características del abuelo la única que me hubiera gustado heredar es la imaginación. Su capacidad para la ensoñación marcó su vida y la nuestra. No sé si nació de los cuentos antiguos susurrados por la tata, de la propia facilidad de su madre para inventar padecimientos, de la bien surtida biblioteca paterna o del agua de la comarca, pero lo cierto es que aquellos ojos infantiles en blanco y negro de la fotografía parecen mirar algo mucho más lejano que los páramos agrícolas de Cercedilla. Me es difícil reconocer en aquel tierno enclenque la particular silueta del abuelo. Tal y como lo recuerdo, tenía algo de agente secreto de película mala, de zorro viejo que sobrevive a las inclemencias del tiempo sin despeinarse, sin arrugarse la chaqueta y sin perder la sonrisa irónica. Me resulta mucho más familiar en aquella fotografía en la entrada de la Residencia de Estudiantes, compartiendo escalón con los que hoy son otros ilustres alumnos, todos con la sonrisa de los modernos de principios de siglo. Reconozco ese mohín condescendiente y sarcástico, esa mueca contraída como un acertijo de quien sabe algo que tú no sabes y no alcanzas a imaginar. Incluso en el ataúd, en el rigor de la muerte, la comisura de su boca se arrugaba en un guiño burlón que se le había fijado en el rostro mientras escuchaba las serenas palabras de la abuela, que ninguno pudimos oír, pero que en ese momento creí comprender: la promesa de que nadie sabría nunca su pequeño secreto. En aquellos días, yo todavía pensaba que era esto y no el miedo a la muerte lo que le había mantenido inquieto en sus últimos días

de agonía. Estaba convencida de que el verdadero terror del abuelo no era que su cuerpo desapareciera y que su alma, en caso de tener tal cosa, volara hacia lugares inesperados, sino la incertidumbre de que el nombre que había construido en los últimos cincuenta años se derrumbara como un falso ídolo a los verdaderos creyentes.

Este es un secreto que sólo conocemos los mas cercanos, casi un rito para iniciados, la verdadera prueba de que llevas la sangre del abuelo, la bendición del apellido familiar y que todos guardamos como buenos sectarios. Hasta el mismo día del funeral intenté convencer a la abuela de que lo hiciera público, durante años me engañé pensando que lo revelaría cuando él muriera, para no herirlo, ya que el cuestionamiento público de su figura lo hubiera matado más rápido que ninguna enfermedad, porque en el fondo y detrás de esa capa grasa de autosuficiencia y egolatría había un hombre profundamente preocupado por la opinión ajena. Leía los artículos y las críticas con un temor irracional mal disimulado, desperdiciaba cada mañana dos horas en que su planta impecable se mantuviera efectivamente impecable, siempre siguiendo los mismos pasos. Minuciosamente, como un cirujano, se examinaba en el espejo la barba y, con la misma precisión, la recortaba. Lo recuerdo así, con el pelo cuidadosamente ordenado, la ropa perfectamente planchada sobre su cuerpo de zorro viejo. Su mirada se recorría implacablemente en busca de pequeñas imperfecciones. No es que quisiera ocultar el paso de los años, muy al contrario aprovechaba las arrugas para construirse una escultura de escritor maduro como en su juventud cultivaba su belleza byroniana. Ese era en realidad su trabajo.

He de reconocer que el abuelo fue un hombre guapo. Hay una foto en especial, recién llegado a París, sentado en un café, con la misma sonrisa sarcástica de siempre, donde el abuelo consigue que el azul de sus ojos atravesase el blanco y negro. Me lo imagino como el anuncio de lo que todo joven vanguardista de principios de siglo deseaba ser: el demonio de Milton, con una belleza hiriente y transgresora, y un cráneo privilegiado: la absoluta modernidad. No me cabe ninguna duda de que si lo hubiera

conocido entonces, hubiera caído de rodillas ante aquella imagen, como lo hicieron en su momento otras muchas.

Aún guardamos una caja llena de cartas que le escribió una fotógrafa americana en un francés bochornoso. Fue ella quien tomó la fotografía del la terraza del café, y la que le presentó a los artistas de vanguardia de la época. Fue su novia durante lo que el abuelo consideraba un periodo demasiado largo, y que en tiempo real no serían más que unos meses, que compartió además, con una corista, la dependienta de una floristería y una mujer fatal que le servía de modelo a un amigo pintor. Siempre se refería a ella como Lilí, aunque por supuesto ese no era su nombre. El abuelo tenía una teoría curiosa sobre las mujeres: había que rebautizarlas. Incansablemente las llamaba a todas Lilí para no tener que recordar demasiados nombres. Decía que era un apodo elegante, pequeño y llamativo, y que así debían ser también las hijas de Eva. Fue una cuestión de mala suerte que fuera él precisamente quién me inscribiera en el registro el día que nació, me hubiera gustado llamarme Dora, como la abuela.

En una de sus cartas, la fotógrafa habla de una noche en especial en la que ella se presentó de madrugada en casa del abuelo muy angustiada porque había soñado que la iba a abandonar para casarse por la iglesia y vivir en un pueblecito español. Según cuenta la carta, el abuelo que se encontraba completamente borracho, sonrió y con su sorna habitual le pidió que le dejara sólo porque tenía que empezar a hacer las maletas. Ese mismo día por la mañana había conocido a la abuela. La abuela llevaba entonces seis meses en París, cuatro de los cuales los había pasando trabajando de mecanógrafa para un notario. Hija de un médico rural y de una francesa demasiado guapa para las llanuras castellanas, salió del colegio de monjas para rechazar al prometido que su padre había elegido para ella. Su madre decidió entonces mandarla una temporada a París con sus tíos, con la esperanza de que el pueblo olvidara el escándalo a la mayor brevedad posible.

Con la intención de aliviar el gasto que suponía la presencia de su sobrina, sus tíos la colocaron en una notaría de renombre en la que la abuela se

presentaba puntualmente cada mañana, con su falda oscura púdicamente larga y su peinado de muchacha decente. Me la imagino sentada con la espalda recta y las muñecas elevadas sobre la máquina de escribir, con la sonrisa templada de siempre, preocupada por centrar con exactitud las letras en el papel, intentando que el golpe sobre las teclas no fuera ni demasiado fuerte ni demasiado suave, ajena a todo lo que no fuera la precisa tarea de escribir.

Incluso en el funeral parecía tranquila. Ejerció el papel de viuda serena con una profesionalidad que dejó pasmados a los representantes oficiales, los cuales, por protocolo, se habían acercado hasta la mal asfaltada Cercedilla para mostrar sus condolencias en mitad de la nevada. Los amigos del abuelo fueron los grandes ausentes en la sala donde se velaba el cadáver. Pepín, su compañero de cuarto en la Residencia de Estudiantes, era el único superviviente, pero por desgracia, sus muchísimos años se le acumulaban en las piernas y no le dejaban andar. Le eché de menos, hubiera sido más divertida su elegía que la de la ministra.

Los políticos parecían estar más desconsolados que la abuela, la cual apretaba sin inmutarse las manos de cualquier desconocido que se la ofreciera. Llegué a pensar que no le importaba la muerte de su marido, pero tiempo después comprendí que en aquel momento se había entregado a lo que ella considera su deber: la observación. Para ella hubiera sido imperdonable desaprovechar tan extraordinaria ocasión de estudiar el comportamiento humano. Por encima de cualquier dolor, es una magnífica analista que miniaturiza el mundo para jugar con él, como quien construye una casa de muñecas extremadamente minuciosa y realista.

Creo que su funeral no le hubiera gustado al abuelo, a pesar de que todo el mundo cantó sus alabanzas, pero estoy convencida de que el entierro le hubiera encantado. Sin duda alguna fue una de las situaciones más surrealistas en las que me he encontrado. Si él mismo lo hubiera diseñado, posiblemente no hubiera conseguido mejor escenario para despedirse. La abuela y el alcalde de Cercedilla organizaron un sepelio íntimo y tradicio-

nal. Despidieron educadamente a los representantes de la oficialidad, que volvieron a sus casas encantados de deshacerse del frío de la comarca, y esperaron en la puerta del ayuntamiento a que el pueblo al completo se congregara. El Tío Clicerio, Ángel el pastor (que todavía estaban fuertes) y cuatro mozos seleccionados entre lo más granado de la descendencia de las vecinas fueron los elegidos para portar el féretro hasta el camposanto, al que se llegaba atravesando una pendiente y un camino sin más adorno que la capa helada que los cubría. Alzaron el ataúd y todos lo seguimos ordenadamente, en silencio. Primero la viuda, cogida de mi brazo, después sus dos hijas junto al alcalde, detrás las vecinas, de negro riguroso, agarradas del brazo de sus maridos, a la zaga los compañeros de mus del abuelo que se consolaban unos a otros, y en retaguardia el resto del pueblo, avanzando penosamente entre la nieve, que se convirtió en hielo nada más llegar a la cuesta. Los portadores dudaron un momento, la pendiente había sufrido una ola de frío y estaba recién asfaltada, pero el cortejo fúnebre no se detuvo. Hay que decir que en ese momento era el único camino para llegar al cementerio y que la alternativa hubiera sido esperar tranquilamente al deshielo para enterrar al abuelo. Así, los buenos mozos de Cercedilla, deseosos de demostrar su pericia en el terreno, se lanzaron por la bajada sujetando firmemente la caja de madera.

Ya desde el inicio de la pendiente noté que la abuela avanzaba con paso inseguro sobre el hielo y que se agarraba a mi brazo como a un bote salvavidas. No era la única, oí a mi madre disculparse ante el alcalde al haberse lanzado en sus brazos por efecto de un resbalón. Las vecinas y sus compañeros corrían la misma suerte y la primera caída, la de la Carmen, trajo la primera protesta: ¡qué tiempo más malo para enterrar a nadie! A la abuela le fallaron las rodillas y gracias a que era una mujer menuda conseguí sujetarla antes de que llegara al suelo. Nos quedamos agarradas en una posición bastante cómica y por primera vez en su vida la abuela perdió la compostura. Primero me dirigió una media sonrisa de agradecimiento, pero al segundo miró al frente con la cara descompuesta, sin poder creer lo que estaba viendo. El tío Ángel estaba tendido en el suelo panzarriba mientras los demás porteadores procuraban sostener el ataúd que se ba-

lanceaba peligrosamente de un lado al otro. Finalmente sólo pudieron hacer llegar al suelo el féretro con poca delicadeza y dejarlo ir entre exclamaciones cuando las leyes de la física se impusieron. El abuelo recorrió un total de cincuenta metros cuesta abajo ante la mirada atónita de toda Cercedilla.

Todavía hoy, la historia del funeral de Don Jacinto se cuenta en el pueblo como una gran anécdota. En mi familia se ha convertido en un clásico para amenizar las reuniones y estoy segura de que si pudiera él mismo lo contaría aunque, por supuesto, añadiendo algunas pequeñas mejoras como hacía siempre: el muerto se habría levantado pidiendo orden, la desconsolada viuda se habría montado encima del ataúd como si fuera un trineo, el Tío Ángel, compinchado con los mozos, lo hubiera arrojado a propósito, el propio féretro habría llegado hasta su fosa... él lo llamaba "realidad mejorada" y tenía mucho que ver con su manera de entender el mundo.

Según su propio testimonio, el momento más feliz de su infancia fue aquella vez que la tormenta trajo a casa una lluvia de ranas que se posaron apaciblemente sobre la cabeza de su padre. Pero las historias que más me gustaba escuchar eran las que se referían a su vida de vanguardia en París. Son tan fantásticas que incluso cuando era niña me costaba creerlas. Lo más curioso es que muchas, según he podido comprobar después, eran absolutamente ciertas. He de reconocer que siempre he sido escéptica. Soy una mujer realista y práctica por naturaleza y me costaba entender su sentido del humor. El abuelo siempre me lo reprochaba, decía que era una niña imposible y que nunca haría de mí una mujer interesante, con mucha suerte llegaría a ministra de economía, pero poco más. Por eso, siempre desconfié de lo que me contaba, y como era lo mismo que contaba a los estudiosos de su figura y a los periodistas, tampoco me creo lo que hay escrito en los libros; en muchos aspectos él sigue siendo un misterio. Supongo que soy afortunada por conocerlo más profundamente que aquellos que lo admiran. Cuando alguien, con los ojos iluminados, me pregunta cómo era, digo las mismas tonterías de siempre y pienso en lo que dirían

si supieran que el gran escritor a quien rinden culto no es el hombre de la foto.

Es indudable que el abuelo tenía una capacidad extraordinaria para embelesar a la gente. Podías escucharlo durante horas, con la boca abierta, contando aquellas anécdotas maravillosas sobre un tiempo que no volverá jamás. Tenía una mente ágil, ingeniosa, rápida, creativa, extravagante, siempre a punto la frase justa en el momento oportuno; pero ni un ápice de la genial observación sobre el mundo que hay en sus novelas, ni un punto de la hondura de sus párrafos, ni un poquito de su serenidad para el análisis, de su lucidez, de la extraordinaria sensación de realidad que brota de sus textos.

He leído sus obras muchas veces y sigo preguntándome cómo nadie se dio cuenta nunca de la brecha tan enorme entre el hombre y el escritor, como si no fueran la misma persona.

El abuelo dejó hace mucho tiempo de ser persona, para convertirse en mito y a los mitos no se les cuestiona, sólo se les saluda como genios y se le rinden alabanzas. Lo tiene todo para serlo, su leyenda de vanguardista en el único momento y en el único lugar en que pudo serlo, su vida disoluta de librepensador, su excentricidad de genio y hasta una musa callada y serena. Es irónico que siempre se cite a la abuela como musa del escritor. Como prueba, los entendidos suelen decir que su verdadera producción, más allá de esa primera obrita que ahora no parece ni suya, empieza cuando conoció a su esposa. Él repetía que su vida comenzó un martes a las nueve de la mañana en la oficina de un notario. Según su versión de los hechos, ellos, las máquinas solteras, aparecieron muy temprano después de una noche en vela cambiando el mundo, en la mismísima mesa del hombre que siempre dice la verdad, para obligarlo a transformar su mirada burguesa.

Su amigo Marcel, todavía pintor, se enfrentó al burócrata con gritos y arengas, mientras el resto del grupo coreaba soflamas absurdas y derra-

maba leche y miel sobre los escritorios de los autómatas que lo servían. Allí, entre ellos, se encontraba la Niké de Samotracia, hermosa y serena, escribiendo a máquina, dominando con aquellos dedos suaves el artefacto que concluye páginas, ajena a todo, como deben serlo el mármol y los dioses. Al finalizar la tercera página estaba terriblemente enamorado. Me temo que la "realidad mejorada" del abuelo embelleció un tanto la escena, si hubiera derramado leche y miel sobre los documentos que la abuela copiaba yo no hubiera nacido nunca. Pepín, su amigo desde la época de la universidad, dice no recordarlo así. Se reía con gana cada vez que oía la historia, sobre todo en la parte de corear arengas y soflamas contra la realidad, la verdad y el señor burócrata. En efecto, aparecieron muy temprano en la oficina de un notario después de una noche sin dormir, pero no de un notario cualquiera, sino de la del padre del amigo Marcel, todavía pintor y posiblemente la inteligencia más desaprovechada de toda Francia. Fue a pedir dinero para sufragar los gastos en los que una mujer fatal lo había metido después de aquella noche de borrachera. Pepin y el abuelo lo acompañaron como apoyo moral. Decidieron antes de traspasar la puerta del despacho, adecentarse y vestirse con el traje de los domingos para causar buena impresión, ya que era la tercera vez en el mismo mes que repetían la comedia. Parece ser que, salvo los ruegos de su hijo, el señor notario ni siquiera tuvo ocasión de oír la voz de las "máquinas solteras", que permanecieron apagadas hasta que el bedel les sacó de allí de mala manera. Pero es cierto que al día siguiente el escritor esperó a la mecanógrafa durante cinco horas en la puerta del bufete. Paradójicamente, se fue a enamorar precisamente de la única mujer en todo París que parecía ignorarlo. En ese momento estaba en la cumbre de su gloria juvenil, le acababan de publicar su primera obra, "*historia abreviada*", y era una de las cabezas pensantes más hermosas de su época. Sin embargo, la abuela no debía parecerles a sus compañeros de aventuras nada por lo que volverse loco. Era una muchacha no especialmente guapa, con la falda decorosamente cortada, siempre callada, observando con la mirada tranquila del que comprende el mundo. Él, incluso anciano, fue un niño curioso y Dora, Teodora, era un absoluto misterio. Con los años, lejos de entenderla, se convirtió en un acertijo cada vez más complejo. Hasta donde me alcanza el recuerdo,

su necesidad de ella era absoluta y después de su muerte supe que ese sentimiento era mutuo.

Diariamente y durante meses el abuelo le dejó bajo la puerta de la notaría la misma nota "*Dora JE t'adore Dora*", al dorso su nombre y el café donde estaría esperándola toda la tarde. Pero lo único que despertó el interés de su amada fue la novelita recién publicada que le hizo llegar una amiga con un gusto infinito por las intrigas románticas. Esa misma tarde, la abuela se presentó en la cafetería y sin esperar a sentarse le espetó:

- ¿Has escrito algo más?

Él, obediente, sacó la libreta manchada de coñac en la que tomaba notas y se la pasó. Dora, como buena secretaria, empezó a corregirlas y a tomar anotaciones hasta que la escritura del abuelo desapareció bajo la suya. A él esto le pareció divertido y le dijo con su clásica ironía: - ¿por qué no me dictas que acabaremos antes?

Sin pensárselo dos veces le devolvió el cuaderno y la pluma y comenzó a dictarle un párrafo tras otro que eran copiados eficientemente. Desde ese momento, el abuelo no volvió a escribir una sola línea que no le fuera dictada por su esposa. Esta misma escena se repite en mi memoria. Desde que era niña espiaba desde la puerta entreabierta del estudio de los abuelos como ella iba desgranando los entresijos de las historias y como él las fijaba en el papel sin cambiar una sola coma. Luego las leía en voz alta y ella corregía, reescribía, cambiaba una y otra vez, hasta que los dos se sentían satisfechos. El abuelo enviaba el manuscrito a la editorial que devolvía la maqueta para las últimas correcciones, y unos meses después llegaban las promociones y los premios que el abuelo recogía perfectamente arreglado para las grandes ocasiones. También acudía religiosamente a entrevistas, homenajes, simposios, conferencias, aniversarios, cursos, debates, encuentros, ponencias, conmemoraciones, coloquios, comunicaciones, presentaciones, lecturas públicas, seminarios... periódicamente un estudioso, un doctorando o un curioso peregrinaba hacia su casa para escucharlo hablar

sobre sus obras, su vida o cualquier otra cosa, hasta que la abuela decidió que su escritura tenía que centrarse en copiar y que ella necesitaba un lugar tranquilo para pensar y una comunidad pequeña que observar. Por eso se mudaron a la casa familiar de Calzada de Cercedilla, que la abuela reformó con elegancia, donde el abuelo descubrió su gusto por el mus jugado enérgicamente y donde nacieron sus mejores obras. El pueblo los acogió con reverencia al principio y con normalidad después, aunque aún hoy se habla del abuelo con solemnidad y cada vez que vuelvo para ver a la abuela tengo la sensación de pertenecer a algún tipo de realeza por la forma en la que me saludan las vecinas.

Del funeral del abuelo recuerdo especialmente cómo muchos se acercaron a la ministra para contarle con detalle la enorme amistad que les unía al escritor y para protestar por la falta de agentes de orden público y guardia civil, necesarios en ocasión tan solemne. Una vergüenza- decían- ni una miserable salva, ni un día de luto oficial, ni nada. ¡Con lo que ha sido Don Jacinto para este país, para este mundo! Pero, al fin y al cabo, este planeta, el sistema solar y probablemente hasta la vía láctea, ignoraron completamente la muerte del genio y siguieron con sus rotaciones tan tranquilos. En una semana, hasta la mismísima comarca de Cercedilla volvió a su ritmo habitual. En un mes, se dieron por concluidos los homenajes y las televisiones centraron sus necrológicas en la muerte de una vieja estrella de Hollywood. Mis padres volvieron mucho antes al trabajo, pero como yo había decidido dejar la universidad (apenas tres meses después de empezarla) pensé que lo mejor sería quedarme con la abuela hasta que los pérsames cesaran. Durante ese tiempo me fue difícil reconocerla. Se sentaba junto a la ventana del salón mientras había luz y me pedía que le leyera. Luego nos mudábamos al estudio donde continuábamos leyendo. Nuestras únicas conversaciones eran sus breves comentarios sobre los libros o alguna regañina cuando me equivocaba al pronunciar correctamente el tono o el ritmo de algún pasaje; fuera de aquello, la abuela permanecía tan inanimada como si ella misma estuviera echa de papel. Siempre ha sido una mujer callada, pero aquel silencio parecía haberla devorado. Permanecíamos así durante horas, las dos sentadas, quietas, ella escuchando con los

ojos entornados, como si mirara para adentro, a sus propios pensamientos más que a la ventaba que continuaba blanca. Decía que mi forma de leer era muy parecida a la del abuelo y eso parecía consolarla, parecía poner en marcha su mente. De vez en cuando me dejaba escoger el libro, intuyo que para probar mi gusto literario, y yo siempre me decidía por lo que creía que ella hubiera escogido. Me temo que fui bastante torpe, era una novata intentando actuar delante del consagrado. Descubrí que leerle a la abuela algo que en principio me pareció tan sencillo, me superaba. Acabé por mezclar todas las historias en mi cabeza. Hubo noches en las que apenas pude dormir repitiendo mentalmente un texto, cambiando los personajes de obra, de siglo, de lugar, compadeciéndome del escritor o detestándolo, hablándole como si lo tuviera delante, con la horrible sensación de que aquel desconocido que había muerto hace doscientos años me conocía mejor que yo misma. La abuela, sin embargo, trataba con ellos como viejos conocidos. A veces me decía: "sólo este o aquel capítulo", "sólo el principio", "sólo el final", "sólo los diálogos", e incluso "sólo la primera frase". Yo seguía sus órdenes ciegamente, intentando vislumbrar el sentido de sus peticiones, pero hay tanto en ella que no consigo entender... incluso ahora, tanto tiempo después, es un absoluto misterio para mí.

Me enorgullece decir que superé una prueba a la que ni siquiera sabía que me estaba enfrentando. Lo comprendí cuando finalmente la abuela me entregó un cuaderno donde se podía leer la preciosa letra del abuelo, dispuesta en renglones perfectamente medidos, y me pidió que lo leyera, esta vez sólo para mí.

- Necesito alguien a quién dictar, – y añadió en voz baja – quiero acabar la novela póstuma de tu abuelo, y quien sabe, quizá algo más.

Esta frase debería haberme alegrado, después de todo, había decidido volver al trabajo que había sido su vida desde los tiempos de París y me había elegido a mí para acompañarla. Pero lo cierto es que me enfadé, me enfadé terriblemente, cerré el cuaderno con un golpe y por primera vez en mi vida le grité:

- ¡No, no es justo, no lo haré! Los homenajes deberían ser para ti, no para él.

- Eres igual que tu abuelo- me respondió con una serenidad que yo ya no recordaba- Dices las mismas tonterías, cada vez que nos poníamos a escribir me montaba esta misma escena...

Me quedé callada durante un rato mirando fijamente el cuaderno entre mis manos, mientras ella seguía hablando con la misma calma.

- Te voy a decir lo mismo que le decía a él: si recogiera los premios, si asistiera a los homenajes, no tendría tiempo para pensar y no podría escribir; si la gente supiera que soy yo quién escribe, actuarían de una manera diferente conmigo, no podría observarlos y no tendría nada sobre lo que escribir.

La miré con asombro y soltó una carcajada. La conversación parecía divertirla. Comprendí que mi cara de desconcierto, mis escrúpulos e incluso mi actitud desafiante de niño cabezota, no eran sino una ecuación que ella había resuelto muchas veces antes. Una última, y casi inaudible protesta salió de mi boca.

- Pero abuela, los libros son tuyos...

- Escúchame, cariño – me confesó, mientras me acariciaba la cara en un gesto inusualmente cariñoso- Los libros no son de quien los escribe, son de quien los lee.

Pasé semanas escribiendo bajo sus órdenes, dejando germinar sus palabras. Me sentía crecida con aquella obra que llevaba en mí como con algo precioso y frágil que me hubieran confiado y que yo quisiera entregar intacto a las manos a las que iba destinado y que no eran las mías.